



Del Duelo a la Catarsis

[... y otras fábulas sin moraleja]

de:

EDUARDO PEREZCHICA





Del Duelo a la Catarsis [... y otras fábulas sin moraleja]

de:
José Eduardo Perezchica Vega
<http://eperezchica.blogspot.com> [fábulas sin moraleja]

Prólogo:
Cristian Gómez Medina (Kriz)

Fotos de portada:
Izq.: Marcela Pérez Espinoza; Der. abajo: Eduardo Perezchica

Foto contigua:
Miguel Angel Lozano Chairez
<http://badbit.blogspot.com> Botellas al mar...

Diseño Editorial e Imágenes Interiores:
Eduardo Perezchica

El blog del libro: <http://duelo-catarsis.bloguen.com>

Es decir, salvo donde se especifique lo contrario, los textos e imágenes que conforman ésta obra y que se atribuyen a mi persona, pueden ser copiados, distribuidos y comunicados públicamente, incluso pudiéndose hacer obras derivadas a partir de ello, *siempre y cuando* se señale y reconozca mi autoría en los términos que en la licencia CC se especifican, sin hacer uso comercial de mi obra y dando el mismo licenciamiento a la obra resultante. Para cualquier duda, consulte la licencia en línea en la dirección mencionada a un costado.



Esta obra está bajo una licencia
Atribución-No comercial-Licenciamiento Recíproco 2.5
México de **Creative Commons**.

Para ver una copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/mx/>

o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300,
San Francisco, California 94105, USA.

Prólogo... 4
Querido lector... 6

Escritos que son eco ...y que aun estan oyendose

<i>I. A largo Aliento</i>	
Relatos Noctámbulos...	10
Carta para Cluadia...	18
Moral...	20
Remordimientos...	22
Nacer, Morir, Renacer...	28
<i>II. Andanzas i</i>	
Ideas...	31
Fuerzas Irreales...	32
Lobo en lejanía...	33
Aprender...	34
Gajes del oficio...	35
Mi esencia...	36
El fuego de mi florecimiento...	37
Un murmullo...	38
<i>III. Andanzas ii</i>	
¿Por qué?... 40	
Aire...	41
Expresar...	42
Palabras...	43
Aunque no me conozcas...	44
No soy quién...	45
Espinas...	46
<i>IV. Para ella...</i>	
Se me antoja...	48
Si un día te me vas...	49
No sé qué decirte...	50

Del Duelo a la Catarsis

54 ...Escribir	68 ...Callada
55 ...Esto	70 ...Obsesión
57 ...¿Sabes...?	72 ...Ermitaño
58 ...Olvidar	74 ...Transcurso bendito
59 ...Le pedí a la luna	76 ...Desechos
60 ...La almohada	77 ...Rezos
61 ...Embrujo	79 ...Déjame caer
64 ...La simple necesidad de leer	81 ...a manera de PostData:
66 ...Fantasma	

El apartado de *Escritos que son eco...* contiene narrativa y ‘poesía’ que data de entre 2001 y 2005. Está dividido conforme al tipo de construcción que tuvieron, donde *A largo aliento* comprende narrativa y reflexiones, mientras que *Andanzas i* y *ii* lo componen escritos breves: *Andanzas i* se enfoca en aspectos existenciales, en tanto que *Andanzas ii* trata aspectos sentimentales.

Para ella... son algunas cartas que alcanzaron a llegar a su destino.

Del Duelo a la Catarsis representa un ciclo de mi vida en el que atravesé el proceso de un duelo sentimental que, a lo largo de 2004, fue decantándose en las letras dejando un testimonio crudo, intimista y altamente emotivo -al menos para mí-. Dicho proceso, tanto en el plano sentimental como en el literario, fue dando paso a la liberación catártica a través de las letras, permitiéndome cerrar un ciclo importante de mi vida y, sobretodo, aprender profundamente sobre mí mismo.

Mencionaba ya en el prólogo del libro “Entre la crueldad y la pared” de Carlos Quintero, que “Cuando la obra se ha cerrado [...] se plantean en quien escribe las decisiones de guardar, compartir o incinerar —literalmente— lo que se ha hecho. Dejar constancia o no, es el cuestionamiento con el que a veces nos encontramos”. La decisión de compartir esto con mis seres queridos, amigos y con todo aquel a quien pueda interesarle fue tomada hace mucho, pero es hasta hoy que se materializa. Espero les guste.

Prólogo

Un poquito de decadencia es lo que hay en todas las Catarsis, un poquito de esplendor y de sueños, de vida y muerte, de letras que se fecundan en los rincones y letras que renacen a cada rato como si se tratara del día o la noche, de letras que nacen de la mano de los poetas, y aquí tienen a uno: José Eduardo Perezchica Vega, un joven poeta, un escritor innato, un ser que vive lo que cuenta y cuenta sus sueños y su vida con las letras.

Nace el 13 de octubre de 1984 en El Fuerte de Montesclaros, Sinaloa. A los 5 años se muda a Mexicali, Baja California, de donde ya es oriundo de corazón. Ya siendo cachanilla, descubre su interés por la poesía y la literatura desde muy joven, pero no es sino cuando se ve en la necesidad de expresarse para conocerse, autodescubrirse, es entonces que el hobby se convierte en pasión, que en la mente, la consciencia y el corazón, se decide a ser poeta, escritor y un enamorado declarado de las letras. No hace mucho, lee *Rompiendo las Reglas* de Poli Délano y *Poesía Amorosa* de Jaime Sabines, y se ve marcado por ellos. La importancia de esos libros es que lo marcan sobre lo que quiere hacer con su obra, la forma en que quiere comunicarse, sus intenciones.

Él es un poeta y lo lleva en el alma, y en su mano que exige satisfacer la necesidad de escribir y dar vida a los sueños más íntimos de propios y extraños.

José Eduardo Perezchica Vega es actualmente estudiante de la carrera de Ciencias de la Educación en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Baja California, en donde empezó y terminó su obra *Del Duelo a la Catarsis*.

Y ¿qué es esto? Sino un Duelo, afrontar una pérdida, sufrirla, escribirla para no olvidarla, no obstante lo escribe para superarlo, **“Escribir no sana, apacigua. Escribir es como llorar, ayuda a sobrellevar un dolor. Cuando escribo siento que lloro; siento lágrimas secas desde más allá de mis ojos, que terminan más allá de mis mejillas, en mis dedos.”** Así es el Duelo de este escritor, así lo sufre, así lo supera, el duelo aturde, el duelo insita, insita al desasosiego, lo convierte, se transforma en algo más que escritos, en algo más que simples palabras, estamos hablando de entrar en Catarsis, ese proceso de cambio, ese peregrinar en la melancolía, esa procesión hacia la maduración, ese camino que es inevitable: escribir, y que para usted, lector, imposible dejar de leer.

En *Del Duelo a la Catarsis* hay tres cosas que no se pueden dejar pasar:

Vida: vivencias que son la poesía de cada día del autor, su hambre y su sed, la necesidad de las letras que nacen del corazón.

Amor: que es el fuego de su alma, su tormento de vida y su muerte, es el goce de amar al ser querido, inspiración para el olvido, para el recuerdo, el llanto y las sonrisas, las noches de insomnio que todos sufrimos, la concepción de las palabras que brotan de la mano y de la boca, y sin dudar del mismo amor, que todos hemos tenido, gozado y sufrido alguna vez.

Cambio: aquí se sumerge la muerte, el inicio de lo nuevo y el recuerdo ya acontecido, parece casi necesario que para la Catarsis se necesitan dos, el amor y el sufrir, la vida y la muerte, el sueño y la realidad, el escritor y sus amores, el libro y usted mi querido lector, que sin lugar a dudas después de leer este libro vivirá y amara diferente, *Del Duelo a la Catarsis*.

Cristian Gómez (Kriz)

Querido lector:

Antes que nada, prepare el ambiente bohemio que confortará su lectura. Primero, elija el vino tinto de su preferencia, su cerveza o licor favorito; es decir, contemple tener despiertos el número de sentidos que considere necesarios.

Tome una postura cómoda, pudiendo ser una de éstas: sentado en un sillón, recostado en una cama, tirado en el piso, de pie, caminando o, si en algún momento lo decide, préstese a volar, literalmente.

Encienda o apague luces, buscando lograr tener un nivel de luz emotivamente suficiente, que permita al mismo tiempo una lectura clara y eficaz, con la finalidad de no deslumbrarse con la luz que emanará de las páginas y, asimismo, poder apreciar de entre los rincones oscuros que frecuentemente encontrará, no sólo las letras, también las ideas ininteligibles que no pudieron ser borradas debido a la necesidad del autor.

Si para usted resulta necesario tomar lapsos de cavilación, hágalo, está en su derecho. Pero, como advertencia, le sugeriría no dejar ningún texto a la mitad, ya que el tiempo que quedara entre una lectura y otra podría enriquecer la idea original, tanto del autor como la suya, querido lector. Sucedería lo mismo que con un vino descorchado y dejado a la intemperie: se avinagraría.

Del mismo modo, como nota anexa, le digo que no todo con lo que se encuentre necesariamente deberá ser

entendido por usted. No. Habrá ocasiones en las que, porque así ha sido previsto o porque usted desconoce detalles de la vida del autor, simple y sencillamente usted no comprenderá ni el título.

Pero, también es importante señalar que el autor de las páginas que tiene usted en sus manos, se encuentra abierto a esclarecer cualquier duda, dispuesto a proporcionar la cantidad de aclaraciones que considere oportunas. Estas aclaraciones dependerán, tanto del humor con que se encuentre ese día el personaje citado, como de algún detalle que él mismo haya olvidado considerar y que, después de varias consultas, saliera a relucir para cambiar su percepción de las cosas.

Resulta oportuno mencionar que no es preciso seguir al pie de la letra las indicaciones aquí citadas. Al contrario, siéntase libre de tomar la lectura en la manera que usualmente lo haría. Empero considere que éste no es un escrito cualquiera, por ello es que se sugiere un contexto distinto, contexto en que al autor le gustaría leerse, ya impresas éstas hojas.

Por mi parte es todo, o más bien, es el principio. Así que dispóngase a disfrutar o maltragar éstas páginas. Esperamos, además de sus comentarios, que sienta agradable, o al menos soportable, toda esta obstinación.

Jacques Duvine.
29 de septiembre de 2004

“Dices que eres poeta porque no tienes el pudor necesario del silencio”

Jaime Sabines
Recuento de Poemas

“...y en alguna parte se afirma que el lunático, el enamorado y el poeta no son más que un pedazo de imaginación”

Alfredo Montaña Hurtado
Las cenizas de los Sueños

Escritos que son ecos ... y que aun estan oyendose



I. *A largo Aliento*

“La narración es el descubrimiento de misterios,
la poesía su conservación.”

José Ramón Ruisánchez
Remedios infalibles contra el bipo

“Sabes lo que nos conviene;
queremos licores espirituosos;
danos un poco ahora mismo.”

J.W. Goethe
Fausto.

“No hay más que un solo remedio: adéntrese en sí mismo.
Escudriñe hasta descubrir el móvil que le impele a escribir.
Averigüe si ese móvil extiende sus raíces
en lo más hondo de su alma.”

Rainer María Rilke
Cartas a un joven poeta

Relatos Noctámbulos

“La enfermedad es la verdadera muerte actuando de protagonista, la otra muerte es sólo la caída del telón.”

Joaquín Antonio Peñalosa
El ángel y el prostíbulo

Præmi o

Desde el fondo de mi alma siento un vacío en mi existencia, algo está mal y no sé cómo superarlo. Entonces me oculto del todo para no sentir su mirada presionando mi pecho, dificultándome la respiración; sin saber que así me sumerjo lentamente en mi propia desgracia.

I

Aunque estaba en vigilia, me encontraba inconsciente. Mi mente sólo buscaba atar los cabos de mi vida –sin éxito–, como en un rompecabezas infinito en el que, cuando creía estar formando algo, al alzar la vista descubría que había aún mucho por entender. El reto parecía entonces volverse un martirio.

Despierto por fin de ese pensar en todo con la vista en la nada, y se me ocurre escribir. Pluma y papel se encontraban junto a mi cama. Sentía una urgencia de gritar, pero me ganó la costumbre de permanecer callado. Sí, volver a escribir, con todo y que lo había dejado de hacer debido a la confusión que he sentido los últimos meses, por la interrogante de mi vida o lo que, me parece, definirá el rumbo que tomaré de aquí en adelante. Escribir antes era para mi un pasatiempo, no obstante, ahora se me presenta como una necesidad que me cala en la mente y que me punza en los dedos. Creo que no tengo la confianza en alguien como para contarle todo y esperar que me resuelva algo al día siguiente, y pese a que escribir no me da respuestas, sí me sirve para desahogarme.

“Me encuentro rodeado por una pared grisácea donde no hay esquinas que me sirvan de refugio, tan sólo la puerta para entrar, que abre por fuera, y una ventana que impide la entrada a la luz. La estructura de esta habitación se parece tanto a la de una telaraña, tan frágil y tan compleja, podría

escapar si lo quisiera, pero una clase de veneno ya corre por mis venas desde el momento en que me adentré en este sitio. Todo tiene la misma apariencia donde quiera que volteo, es incómodo, repulsivo.

Tocan personas a la puerta, ¿a quién buscan si no es a mí?, es mi puerta y permanecerá cerrada. No tengo el valor suficiente como para contestarles, los siento como desconocidos que en poco podrán ayudarme.

Hay una ventana, para mi desgracia, que atenta contra mi paciencia y mi cordura, pues se encuentra empañada. A pesar de que es mi única forma de ver el mundo real, la suciedad con que la limpio no me permite ver más que sombras y siluetas. Todo lo que veo a través de ella es deprimente. He llegado a pensar que es un espejo.

La penumbra casi es dueña de este espacio, a no ser por algunos cuantos recuerdos de luz que guardo en mi memoria. Pero aún así, la oscuridad simula al silencio: tan eterno, tan profundo, tan desesperante en estos momentos. Y el silencio simula a la luz, pues se encuentra ausente: voces, gritos, suspiros y reclamos son lo único que hace eco y presencia firme en este sitio. Pero pocos allá afuera llegan a enterarse.

A veces me preocupo por salir, por emprender la fuga que me libere de los tormentos que provoca el aislamiento, pero me da miedo. Siento como si la amenaza, sea cual sea, fuera más grande en la libertad que en esta cárcel en que me autosequestro”.

Solté el pluma y abracé el cuaderno. Quise releerlo, pero no, mejor no, después, aún está fresco y, de hacerlo,

correría el riesgo de hundirme nuevamente y no sé si podría salir entonces de ese sitio, ese abismo de lodo y mugre. Un dulce suspiro salió para limpiar mis pulmones de ese turbio aire que he descrito. Algo está sucediendo en mi interior, depuración o catarsis, no sé. Tan sólo sé que sucede porque me estoy dando cuenta de algo y por eso siento este alivio, aunque ese algo aún sea una incógnita.

Me dio sueño. Era lógico, habían sido tres o cuatro horas de búsqueda interna, escribiendo con un ánimo hasta entonces inusitado. Dormí profundamente, un poco más sereno.

II

Leí lo que había escrito, creo que a la noche siguiente. Ya se había vuelto más firme y no había ya tanto peligro de caer. Me acordé del fragmento de una poesía que escribí hace como dos años. Tuve que buscarla entre tantas que mantengo guardadas, olvidadas en una caja forrada con fotos y recortes de Jaguares, en el cuarto vacío junto al mío.

*"...todo mi pensamiento se derrite y evapora,
todo lo que soy y he sido está escrito
precisamente en lo que leo ahora".*

Pensé que al fin tenía sentido, tarde y fuera de su contexto, pero ya tenía una coherencia, un alcance en mi vida, en éste instante. También pensé: "*lo que soy y he sido*", pero, ¿quién seré? Y es así como se me vino a la mente otra poesía; de repente me empezaron a cosquillar las palabras en la lengua, en la memoria:

*"...no sabes quién serás,
pues no sabes ni quién eres.
Eso es lo que tienes que contestar."*

Por un momento no caía en cuenta de lo que representaba sino hasta después de un rato. Aunque se contradicen, ambas tienen razón. Lo cual me alegra, pues

pareciera que yo solo, en mi pasado, he ido sembrándome las respuestas. Pero el problema que aún me persigue es: ¿en dónde están tales respuestas? Quién soy y quién seré es lo que necesito responderme. Pero, ¿cómo

Así pasaron varios días, igual de grises. Todo dentro de una misma rutina. Esa rutina que me estaba secando la vida, que hacía pasar lento el tiempo, y no sólo lento, sino imposible, frío, insípido.

III

Semanas después, un miércoles o jueves, no recuerdo, posiblemente en el transcurso entre ambos, olvidé dormir boca abajo. Había llegado cansado del trabajo y me recosté a ver televisión, aunque no había ya nada interesante. El sueño me tomó por sorpresa.

Estaba durmiendo boca arriba con mis brazos cruzados a la altura de mi pecho, justo como me dijeron que no lo hiciera. Creo que eso me provocó que tuviera la pesadilla que decidí escribir en cuanto desperté de ella, agitado, empapado en el líquido de los sueños, el cual era espeso, consistente, parecía lodo. Ya tenía listos pluma y papel, esperando el momento de ser útiles. Lo fueron. Todo comienza cuando cierro mis ojos...

“Escucho latir mi corazón, a pesar de que no lo siento ya como una víscera más dentro de mi ser. Los latidos son tambores que galopan a mi alrededor, trepidantes.

Me miro reposando a la deriva con mi cuerpo arrojado a la nada para que ella haga con él lo que le plazca. Podría ser cualquier otra persona la que ahí se encuentra, pero creo que soy yo. Parece mi rostro, es mi cuerpo, inmutable, como sin vida.

Siento la calidez de mi aliento, pues es éste lo único que me rodea. No imagino dónde puedo encontrarme. No conozco el lugar, ya que no puedo ni palparlo.

Pruebo mi sangre firme, coagulada y vieja, sabe a dolor, pero he llegado al extremo donde el dolor no se siente, al menos no como lo conozco. Sólo huelo mi cuerpo, mi aliento, mi sangre, pero ni una pista que me diga qué lugar es este.

Tengo una herida enorme. Me debilito a cada instante. Bien podría la sangre estar cayendo desde mi cabeza, como un cuentagotas dosificando mi tormento, pero lo ignoro. No sé cuanto tiempo llevo así.

Intento golpear algo, pero no me siento en éste vacío. He querido tantas veces abrir los ojos, es sólo que las lágrimas me impiden mirar, se han convertido en una masilla putrefacta que me lastima los párpados.

A excepción de mis latidos, todo es silencio. ¡Quiero gritar!, sin embargo un nudo en mi garganta me impide hasta la respiración. Puede ser que de ahí esté colgando, pero no siento ninguna soga raspando mi cuello. Ni siquiera sé si estoy de pie o de cabeza. Nada tiene sentido.

Me inunda la angustia de la incertidumbre, de la impotencia. Estoy mudo, sordo, soy un vegetal con sentimientos tan dispersos que no se aprecian, o tan contiguos que se confunden.

««(Empiezan a aparecer vestigios de vida)»»

Es posible que una lámpara se encienda lentamente, casi imperceptible, a unos centímetros de mis ojos.

Ahora, sólo escucho el silencio y ese silbido eterno, nunca ausente. El volumen y el ritmo de mis latidos han descendido hacia niveles mas normales y pasivos, que hasta

los he olvidado.

Extiendo mis manos, por impulso. Un nervio venció el entumecimiento y la presión que retenía provocó reacciones en mis dedos, los cuales se tocaron. Esta sensación, normalmente es un detalle, y ahora me provoca la certeza de que sigo vivo.

En cadena se suscitan nuevos acontecimientos. Podría decirse que es un parto, pues cada sensación la vivo como si fuera nueva. Aclaro mi garganta y el murmullo llega hasta mis oídos. Pero al provenir de mí, es como si una orquesta tocara «La cabalgata de las Valquirias», de Wagner. Es impresionante, satisfactorio.

Respiro profundo, como si volviese a nacer. Busco en mi mente un recuerdo, o al menos mi nombre o mi rostro. Es el alumbramiento, porque de nuevo todo se torna confuso. Todo se torna confuso.

La respuesta llega después de abrir mis ojos, habiendo removido ya el llanto, la sangre y el polvo de ellos. Me sorprende enormemente. La impresión me confunde, me distrae y me mantiene fuera de la realidad un tiempo más. Momentos después, o tal vez días, la lámpara queda encendida ante mis ojos que aún no despiertan de un letargo que se aferra, como aquel que produce una botella de tinto o de tequila. Mis ojos, cegados por la intensidad de la luz que me rodea, parecieran abrirse por primera vez en toda la vida, sin enfoque ni dirección fija, todo me llama la atención, todo es nuevo. Pero lo que veo u oigo en el momento preciso de mi renacimiento, de mi reencarnación en mí mismo, es lo único que no logro recordar. Lo que ví, u oí, es un fantasma enclaustrado en el olvido.”

Dicen que los sueños se olvidan al poco rato de salir de ellos. Pero éste no, lo recordaba vívidamente, como si aún no saliera de él. Por un momento mantuve el miedo de cerrar los ojos, no fuera a ser que ya no pudiera abrirlos.

A diferencia de aquel lugar que describí una noche de insomnio como una habitación, lo que estoy describiendo ahora, acabo de sentirlo en carne propia, sin exageraciones. Con todo lo bizarro e imposible que pueda parecer, no miento en detalles. Aunque en un sueño, todo esto sucedió, lo sentí, pude vivirlo y sobrevivirlo, por alguna extraña razón que podría considerar como un presagio, pero que prefiero ver como una circunstancia más de no saber qué sucede.

Respiro paz por un instante. Respiro realidad y me despierta, o me adormece, según se vea. Me queda la sensación de que soy yo y el silencio.

Silencio que poco a poco se esfuma, dando paso a la música de fondo de algún programa en la televisión que sigue encendida. Tomo el control y la apago. Momentáneamente se me espanta el sueño.

La confusión me hace sentir que algo, o mucho me falta aún por saber. Pareciera que todo se reafirma: “...siento un vacío en mi existencia, algo está mal y no sé cómo superarlo”.

La razón por la que escribo todo esto, es entre otras, porque dicen que cuando uno tiene una pesadilla y no se la comenta a nadie es posible que se vuelva realidad. ¡No quiero eso! aunque tal vez ya es tarde; cuando desperté tuve la sensación de que esto ya lo había vivido. *Dejà Vu*.

IV

Perdí el trabajo. Se trata de recorte de personal –eso dicen siempre–. Creo que sería bueno tomarme una o dos semanas de vacaciones, después buscaré otro.

He estado muy tenso, mi vida se había convertido en una rutina que no me llevaba a nada, más que al día siguiente. Generalmente era lo mismo: despertar a mediodía, dos horas para ejercitar el ocio y una hora más para alistarme antes de ir a trabajar. Y ahí sólo se trataba de ver pasar nueve horas hasta el momento de salir, a medianoche. Frecuentemente me dormía como a las tres o cuatro de la madrugada, al principio usaba ese tiempo para ver televisión, pero fácilmente me harté de ella. Entonces empecé a comprar libros que, al principio, sólo leía para matar el tiempo.

De hecho, ya sabía que me iban a despedir, por el fin de mi contrato –divino neoliberalismo–. Por eso compré una buena cantidad de libros que supuestamente leeré en estos días para mantenerme ocupado. A veces leer me incita a escribir, se ha vuelto un diálogo, el cobijo de mis ideas y necesidades. He sentido un poco de consuelo, de distracción, me ha dado tiempo de pensar algunas cosas.

Era tal la rutina en que me encontraba que casi todo mi tiempo lo pasaba en mi cuarto. Hasta hace unas noches, antes o el lunes, que empecé a salir al traspatio, ese que sólo sirve de tendedero, para poder cambiar por unos momentos el

aire estancado por aquel que corre libremente. Abrir la ventana de mi cuarto ya no me bastaba, quería ver el cielo sin las rejas de por medio.

Al principio permanecía sentado, a veces absorto, pensando en todo: en el universo, en las infames mujeres, en el porqué de dejarme crecer el pelo, o en el dilema existencial en que me hallo. Otras veces me quedaba como ido, con la mirada indiferente, y si llegaba a pensar en algo durante ese tiempo, raras veces me acordaba.

Esa noche el clima era perfecto, la tenue luz de la luna era perfecta, la noche era perfecta, inspiradora. Y con tanto tiempo libre me dije: *¿por qué no?*

“Una nube, dos, tres. El viento estremece mi rostro con caricias en forma de marea; naufrago.

Otra nube, cinco, seis. La luna con su infinito ejército me vigilan a lo lejos, son guardianes de la noche que sólo necesitan de su simple presencia para cuidarla.

Una nube más, y quién sabe cuántas podrían aparecer en este fresco envidiable por cualquier pintor, en esta figura viva que sólo pudo haber sido esculpida por la madre naturaleza, ya que nadie puede igualar –de ninguna forma– la sensación que te da la noche cuando te rodea.

Se avistan estrellas tras las nubes, las nubes se disipan y el cielo se eterniza. El horizonte es una pared que no me permite ver más allá, es una muralla que oculta tras de sí el misterio del fin de la tierra y la caída hacia la nada.

Sólo me queda –ahora que allá arriba todo es más claro– ésta gran obra para disfrutar, esta luna que se mueve para observarme y esta noche nublada, que después es un cielo abierto.

El viento abulta mi cabello en mi rostro, y la paz, la calma que esta noche emana, me invita a dejar que la brisa juegue conmigo, mientras yo esté tranquilo.”

Cuando me doy cuenta que no tengo nada más que escribir, me azota un desconcierto. ¿Qué fue eso? Mis dos últimas experiencias son mínimamente parecidas a esto. No es que me desagrade, al contrario, me alegra saber que aún puedo escribir algo nacido de la inspiración y que, además, no sea enfermizo. Pero, ¿a qué se debe? ¿por qué ahora?

Creo que, si bien el ambiente en que hoy me siento no es estresante, también sucede que he dejado a un lado el nerviosismo y me he dado a mí mismo la oportunidad de olvidarme por un rato de tanta preocupación, sin que esto signifique que ya no me importa. Aunque también especulo un poco, no me he puesto a pensarlo detenidamente.

En esta ocasión, escribir no me cansa ni me produce sueño, pues hoy lo he hecho por placer y no por necesidad u obligación conmigo mismo. Ahora bien, ¿por qué había dejado de escribir si me produce tanta satisfacción?

Aprovechando que no me encontraba cansado y que mi mente se encontraba clara –como el cielo de esta noche–,

empecé a recordar tantas cosas, a descubrir lo que había extraviado de mí mismo, leer cartas que nunca llegaron, que ni siquiera han salido a la luz de aquellos que más me conocen. Empezar a recapitular, recordar, revivir lo que estuvo a punto de ser olvidado...

V

Después de una tormenta, de estar a punto de irse a pique, de hundirse y perderse en lo inhóspito del mar profundo que embiste mareas en el interior de mi pecho y de mi mente, la embarcación en que navega mi vida ve de nuevo la luz del sol e iza todas las velas, aprovechando el viento a favor, para regresar a casa, hacía sus orígenes, para reencontrarse, descansar y tomar nuevas fuerzas. Ya se siente en tierra firme. No sabe que este lapso es tan sólo el ojo del huracán, que la verdadera vida está allá, de donde está huyendo, en la tempestad. Pues ahí nació y ahí ha librado todas sus batallas. La tierra firme es solamente un sueño, al cual aspira sólo si todas sus batallas son ganadas, y para el que, como siempre, queda la posibilidad de que desaparezca en el intento.

No. No has nacido allí, tan sólo te confundes y crees que al fin estás cuando la marea es alta y serena, cuando el viento es suave y sientes las estrellas tan cerca. Pero no te pertenece, porque aún no te lo has ganado.

Carta para Claudia

“...el futuro es un tiempo falaz que siempre nos dice
 ‘todavía no es hora’ y que así nos niega.
 El futuro no es el tiempo del amor:
 lo que el hombre quiere de verdad, lo quiere *ahora*.”

Octavio Paz
Postdata

*No es que pretenda asirme del recuerdo
 para justificar un vacío.*

Hace cuatro días te soñé, lo cual es raro pues, aunque pienso en ti todo el tiempo y casi siempre te imagino a mi lado, creo que ésta es la primera vez en que te sueño estando yo dormido.

El hecho de ser un soñador empedernido tiene sus bemoles, ya que paso todo el día haciéndome ilusiones y las noches sólo las uso para dormir. También me es un contratiempo el trabajo, que me deja poco tiempo para mí mismo.

Te cuento pues. Caminaba en un plantel, que puedo decir que era la universidad, sin embargo físicamente no se le parecía en nada, alzo la vista y te veo salir de un salón, volteas a verme, como lo hacías en la prepa cuando yo me quedaba observándote mucho tiempo y tú, sintiendo mi mirada, te dirigías hacia mí y contestabas con tus ojos, pocas veces con palabras, y con esa respuesta me decías, no que me amabas, solamente que existía. Era ese momento el que me animaba a abrir los ojos, y es la esperanza de volver a verte la que me mantiene con los ojos abiertos, aún a un año después de que no he sabido nada de ti.

Y si hay un culpable de ello, soy yo, casi en lo absoluto. He querido mantener la imagen de la última vez en que te vi, aquella noche en que bailamos juntos y en que fuiste hermosa conmigo,

no me refero a un beso, sino a que me dejaste mirarte toda la noche, y con mirarte me basta y me ha bastado el recuerdo.

¿Por qué no te he buscado? Por cobarde, en parte. Por otra parte, pensándolo bien, quisiera que el día en que te encontrara por la calle y te invitara a platicar a un café, con una taza que sea eterna, que no se acabe, te contaría que estoy estudiando, pues la última vez que te vi no sabía si iba a estudiar. —Y adivina qué —te diría—, quiero ser maestro, sí, maestro—. ¿Extraña coincidencia? Sí, si así deseas creerlo, pues a mí eso de las coincidencias ya no me suena lógico, no quiero decir con esto que creo en el destino, no, descarté su existencia, soy un fiel creyente del libre albedrío, pero también sé que las cosas pasan por algo. Además te diría que estoy trabajando, si para entonces trabajo, que ya no soy el güevón que conociste, que he cambiado, pero que sigo sintiendo lo mismo por ti.

Éste no es el caso, como sabes, en el que he perdido tu huella por azares del destino, recuerda que creo en el libre albedrío, y reconozco que teniendo los medios para conocer tu dirección o tu teléfono, nunca te he buscado, algún día lo haré. Pero como te he dicho, quiero platicarte de mis sueños cuando esté trabajando en ellos (cuestión de meses o de años), y no hoy que son sólo sueños de opio.

En este sueño en el que apareciste —te termino de contar— sólo cruzamos unas cuantas palabras pues tenías que irte —tal y como la última vez en que te vi, fuera del baile—, y te despediste, como solías platicar conmigo, con una mirada.

Lo relevante de esto es que desperté, si no eufórico, si tranquilo por volver a ver tus ojos, tu sonrisa y tu rostro, aunque fugazmente. Te contaré también que, cuando desperté, hice una caricia al aire, con los ojos cerrados, y sentí tu piel suave, inhalé tu perfume, no aquel que usabas algunas veces, sino el que tienen tus hombros, pues, quizá ya lo sepas, pero la razón por la que me sentaba detrás de ti en el salón era para verte el mayor tiempo posible, olerte y sentirte cerca, aunque tú no me miraras.

*Madrugada del lunes 23 de junio de 2003.
a Claudia Magdalena
In Memoriam. †*

Moral

Va un hombre caminando con sonrisa en la cara, pero es pura hipocresía, se siente mal. Trae la moral cargada de piedras que él solo se ha echado a cuestras. Le han dicho que es mejor reír que llorar. No saben lo que dicen, quizá porque no comprenden lo que pasa. Ni él mismo tiene idea. No piensa, sólo siente.

Y no te pido que llores,
 tan sólo que laves esos ojos
 de las nubes que no te dejan ver la realidad,
 tal cual es.

Aparenta ir volando con sus ojos hacia el cielo, pero es para no ver que abajo de sí mismo, y en su propio cuerpo, hay suciedad que no suda ni destila, pues ni la quiere tocar.

Siente miedo, ¡y sólo calla!

¿Qué diablos pasa conmigo? ¿Quién he creído que soy? He pretendido un destello, tanto, que hasta lo llegué a creer. Pero llegó la noche y me lo ha negado.

Siento miedo, ¡y sólo callo!

*Cuento ganador del 2do. Certamen Literario
 “Nuevos Valores Universitarios”
 de la Facultad de Ciencias Humanas de la UABC.
 Mayo de 2005.

Remordimientos

“El Apocalipsis no es la destrucción del exterior,
 es el olvido, la destrucción del interior,
 de uno mismo y de los otros en uno.”

David Olguín
Amarillo Fúnebre

Del Duelo a la Catarsis

Entró a la habitación, a ese espacio desolado, sucio y oscuro, pero tan extrañamente cálido entonces. Él portaba un arma y, aunque en ese momento no tenía la más mínima idea de qué es lo que iba a hacer con ella, con tal de no cargar solo con el peso de la culpa, decide romper el silencio.

Tiene en el gatillo un dedo tembloroso. El cañón del arma levanta para verme y nuestras miradas se cruzan. Se reclina en el escritorio polvoriento que él mismo arrumbó allí, junto a la pared en la que, apenas, cuelga manchado y despostillado un espejo. Se acerca y lo toca, le quita un poco de polvo con los dedos y después con la palma de su mano.

Se observa a sí mismo, piensa en lo solo que se siente en esta casa, en este mundo; los últimos días, desde hace tanto. Piensa, imagina, sueña, anhela algún día despertar de esta pesadilla, y así poder echarse a la tierra y tomar el sueño perpetuo con la serenidad del desierto. Quiere estar allá donde están todos los que ya se fueron –yo, a veces, también lo deseo–.

De abajo de su cama saca un vaso con agua sucia, de tonalidad oscura, y lo deja sobre el escritorio para quedarse viendo un rato. Entretanto, con su mano izquierda acaricia el arma como si ese artefacto no tuviera la finalidad que tiene. Después, voltea hacia mí nuevamente. Pierde su mirada un momento y entrecierra los ojos por el cansancio que trae consigo. No ha dormido lo suficiente en varias noches,

y ni pensar en dormir tranquilo, hace ya tanto tiempo que simplemente no puede.

Entonces, la tregua instituida para ésta habitación, persiste por un largo, largo tiempo incalculable. («*silencio*»). Con un suspiro, después de este mutismo, se renueva la descripción de los hechos.

¿Quién se está creyendo que es? Vestido con harapos, sucio y mal oliente, se atreve a amenazarme como si mi vida no valiese nada, tan sólo por que piensa que la suya no lo vale. Sigo sin comprender por qué me ha dicho tantas veces que soy yo el culpable de su miseria, si tantas veces yo mismo he querido ayudarle y siempre se niega.

—Hace ya un año, o más, no recuerdo —me dice—. No tengo ya más noción del tiempo, tan sólo de un ayer que me persigue, un ahora que apenas puedo sobrellevar y un mañana que no existe, porque, ¿sabes?, mi vida se detuvo. Aún pienso que todo fue ayer. El tiempo no pasa donde no hay espacio, porque yo mismo, mi mente y mi cuerpo, soy un vacío.

Detiene momentáneamente sus palabras para jugar con el cargador del revólver, girándolo y cerrándolo, dejando a la suerte, mi suerte.

—Tal vez tú creas que olvidar es una opción y decidiste tomarla —continúa—. No. Yo sé cuáles son tus opciones, y olvidar no es una de ellas. He estado pensando que con la muerte se pagan las deudas de nuestra vida. Tú tienes una, no se te olvide, y va siendo tiempo de saldarla.

—¿Pero por qué crees que soy yo el culpable? —le pregunto— ¿Por qué insistes tanto en que yo tengo una deuda? Si yo la amaba, y no tenía ningún motivo para hacerle daño. Además, si lo hubiera sabido, si siquiera lo hubiera sospechado, no me habría arriesgado. Me hubiese esperado al día siguiente. Pero, ¿qué iba a saber yo? No, no es mi culpa, no tenía motivos, y culparme no soluciona nada. ¡Entiéndelo!

—¡Qué importan los motivos!, sabes que lo que me tiene aquí es la venganza. Quiero acabar con los espíritus que me rondan, cerrar la herida que tú abriste, la sangre paga la sangre. Esa es la cuota que me brindará paz, que me hará libre, al menos de ésta vida que no es vida—. Entretanto, continúa girando y cerrando el cargador del revólver, alternando el juguete entre ambas manos, colocándolo a veces en sus sienes y jugando a que dispara, jugando a que se mata ahí, frente a mí, viéndome fijamente a los ojos.

—Y para esto estoy dispuesto a morir contigo si es necesario —me asegura—. Sabes bien que tengo miedo, igual o más que tú, porque hacer lo que pretendo hacer me pondrá más lejos de ella, porque será entonces la eternidad la que nos separe. Pero el dolor es tan grande —da un suspiro profundo y lento— y, a parte, yo padezco el dolor del que tú te olvidas, yo lo vivo. Por eso veo tu muerte como un respiro, antes de ahogarme finalmente en el dolor que me está tragando. Será como robar un puñado de luz, que precederá a la más cruel y fría de todas las oscuridades.

—¡Pues dispara ya, si así lo quieres!, que sea la última vez que vienes y te arrepientes —le digo.

Impresionado y asustado con mis propias palabras, trato de corregir mi idiotéz para evitar eso que me provoca tanto miedo desde siempre, y sobretodo desde aquella noche.

—Aunque sabes que ella odiaría que esto pasara —prosigue—. Si ella estuviera aquí se culparía a sí misma de todo lo que está sucediendo.

Mis últimas palabras traen consigo un lapso de silencio, pues él enmudece y yo no me arriesgaré a decir nada más, por el momento. En sus ojos se advierte repentinamente un gran vacío; realmente pareciera que en ese momento se hubiera transportado a otro lado. Y sí, posiblemente al recuerdo de aquella noche, porque sé que aún lo tiene vivo en su memoria, repitiéndose paso a paso, detalle por detalle. Tengo la certeza de que no ha pasado un sólo día sin sentirse atormentado por él. Llegan a ser navajas los recuerdos, ¡si lo sabré yo!

De pronto regresa, de donde sea que andaba, y voltea a verme. Una sonrisa que se confunde con llanto —o viceversa— se dibuja en su rostro. Unas risas que no tienen el mínimo dejo de alegría le brotan como sin querer; parecen quejidos atorados en su garganta, como si se le desbocaran sentimientos y todo fuera involuntario.

—Recuerda que ella ya no está aquí —me dice—, qué pronto olvidas. No pienso que ella se culpe, no, creo que le gustaría un

poco de justicia divina, aunque no sea en las manos de uno de esos ángeles que vio llegar por ella aquel día, su último día. A pesar de que así me convierta en pecador y me condene, pero qué importa, ya nada importa. Sé que nos veremos en el infierno. Tú ya te lo has ganado, en tanto que yo ya vivo en él.

Decidido, pero sin valor, sin ese valor que nunca ha tenido, apunta, respira, apunta, suda, aprieta la quijada, deja de respirar, tensa los músculos del puño, todo el brazo; tiembla. Entrecierra el ojo izquierdo para ser más certero, pues no puede fallar, no debe fallar, no nuevamente, sería imperdonable. El nerviosismo crece con el silencio. Sólo los grillos se escuchan. Su melodía suena amarga y a la vez funesta, suena a una burla su falta de solemnidad al no guardar silencio.

Hay un momento en la vida en que te llega la certidumbre de que has de morir. El mundo deja de girar, se detiene por completo. Los latidos se convierten en un reloj cuyo *tic-tac* es la palpitación estremeciéndote todo el cuerpo en cuenta regresiva. Como en una película, el momento más importante y definitivo de la trama se ve en *slow motion*. Se pierde el enfoque y la perspectiva; con las pupilas dilatadas no se ve nada. Todo lo que se ve queda en segundo plano; uno es el primer plano. Es el prelude del final. Se experimenta cómo el cuerpo en un último intento por salvar la vida, se siente torpe y se convierte en piedra. Sólo queda el espasmo, una gota fría de sudor corriendo por la espalda y unos dedos que tiemblan amenazantes, que sudan también muy frío, congelante.

Estoy de espaldas al espejo, y ni siquiera puedo ver la expresión de mi rostro y de mis ojos a unos instantes de mi muerte; pero los imagino, me imagino a mí mismo como mi propio asesino, excitado viendo en el rostro de mi víctima su sufrir y su desesperanza.

Y concentrada la ira, el arma es disparada. El crujido del mecanismo se siembra en la habitación y resuena en mis oídos, en mi pecho, en el languidecer de mis rodillas. Resuena justo en medio de mis ojos, mientras mis pupilas se contraen y se pierden en la nada, en el abismo que dicen –y que ahora sé– que es la muerte. La siento en medio de mi garganta rompiéndome el paladar. Ya siento penetrado mi cuerpo, siento salir la bala detrás de mi cráneo, siento explotar en pedazos mi cerebro, siento cómo el mundo se va, mi cerebro embarrado en la pared, cayendo trozos en el vaso de agua, otros más manchando el espejo, la sangre deslizándose junto a mi cuerpo tirado mientras la luz se apaga lento, lento; *«¿qué es un instante, si todo es relativo?»*.

Pero el arma no llevaba balas –nunca las lleva–. Por eso grita, llora, se lamenta por su cobardía y golpea todo lo que está a su alcance.

En eso, escapo del mal sueño, sabiendo que no debería de ser así, que debería estar muerto, que sólo había una forma de escapar y era esa: la muerte. No creí que volvería a abrir los ojos sino hasta que alguien los bien cerrara al encontrarme aquí

muerto y solo, y muy muerto y muy solo; es sólo que... no sé.

Agitado, desesperado, sin saber qué diablos pasa, dirige su mirada nuevamente hacia mí para, en medio de un balbuceo, decirme: –¡Te odio!, te aborrezco –y para que el balbuceo no tarde en convertirse en lamento, en un grito desgarrándole la garganta–, ¡maldito!, ¡maldito seas!. ¡Estás maldito!

Luego, arroja la pistola con todas las pocas fuerzas que le quedan, deseando golpearme en la cara, deseando no verme más.

Mientras, yo cierro los ojos y escucho cómo se va rompiendo el espejo. Y conforme caen los pedazos, sale de la habitación, la cual queda nuevamente vacía, desolada, sucia y oscura; penetrada con un olor a muerte, ése olor a muerte que llevan consigo los que siguen vagando por el mundo cual si estuvieran vivos, pero que no lo están, y que cargan como marca ese olor para recordarles el dolor que causan, el dolor que viven, el dolor. Porque el aroma a rosas a veces también es dolor, quizá por el rojo sangre, quizá por las espinas.

Un 26 de enero viajaban Claudia y Eduardo a Tijuana. Recién casados. Después de tanto tiempo, de tanta espera, ella le había dado el sí. Era la mujer perfecta, siempre lo supo.

Durante el camino, ambos se mantuvieron callados. Ella sonreía, volteaba, le dirigía una mirada, pero no decía nada, como pretendiendo guardar un secreto en complicidad con el paisaje. Él la notaba distinta, pero no sabía en qué radicaba lo especial —especial, ésa era la palabra—, quizá ese brillo en los ojos, tal vez en la distancia inusual en que se mantenía desde hace unas noches.

A diferencia de ella, él iba pensando, sólo pensando, no veía el paisaje porque éste era lo menos importante. Se mantenía distante. No se quería mostrar preocupado. Cuando se detuvieron en Tecate para ver la nieve, solamente se abrazaron, no dijeron nada más allá de lo esencial. No consideraron necesario decir lo que ya sabían el uno del otro, ¿para qué?

Ya más tarde, se oscureció el camino. No sólo la noche haría difícil conducir, también el cansancio, la preocupación. Súbitamente, de la nada salió un camión, el chofer no calculó bien la curva y se le cerró a su auto, provocando que se salieran del camino y chocaran contra el muro de contención. Eduardo, después del golpe, trató de levantar el rostro para ver cómo estaba ella, pero antes de poder, se desplomó inconsciente.

El rostro de Claudia había golpeado contra el parabrisas y el volante, su cuerpo quedó tendido, *dormido*, a un lado del de él. Sus cráneos sangraban juntos. Ella murió instantáneamente. No llevaba puesto el cinturón de seguridad pues, aunque él siempre le pedía que se lo pusiera, últimamente le incomodaba cómo le ceñía el abdomen.

Cuando despertó, Eduardo se sintió solo. Al preguntar por ella a todo el mundo, todos bajaban la mirada. Pensó lo peor y sus sospechas eran ciertas. No sabían cómo decirle que ya no estaba, que la habían enterrado hace dos días y ya no tendría tiempo de despedirse. Que había perdido la oportunidad de decirle un último *te amo*, ese *te amo* que no le dijo el sábado porque estaba preocupado por su nueva vida. Ya no hay más una nueva vida, ya no hay vida. «*Y ¿qué es la vida?*» comenzaba a preguntarse sumido en el silencio.

El impacto de la noticia le hizo decaer, ni siquiera la morfina le calmaría el dolor que ahora descubría. Sentía como si le hubiesen amputado uno de sus brazos, pero no, lo que le había amputado la vida era la otra mitad de su alma. Dejándole esa mitad que había olvidado cómo vivir sola, y que no podría curarse, considerando tanta pérdida de sangre, de un cuerpo y de todo lo que éste contenía: un alma gemela que, según estaba escrito, lo acompañaría la eternidad. Pero la tinta con que fue escrito, fue manchada por la desgracia. Ahora la historia había sido arrancada del tiempo, incinerada.

«Cenizas, nada más que cenizas». Tendrá que acostumbrarse a vivir muriendo, o a morir, sabiendo que el pulso seguirá ahí, uniéndolo a éste mundo, atándolo, hasta que el capricho que lo mantiene muerto en vida se acabe.

Supo días después, por la madre de Claudia, que ella estaba embarazada. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Qué es lo que estaba esperando? ¿Ella misma lo sabría? Duele cuando las preguntas no hay quién las responda. Quizá estaba esperando el mejor momento para decírselo, tal vez en Tijuana, ya instalados en su nueva vida. No tuvo ocasión para hacerlo. Pero eso es lo de menos, ya no importa. «¿O sí importa?» se pregunta. Piensa en ello mientras observa los techos de casas y edificios de alrededor del hospital a través de su ventana. «Sería tan fácil romperla y dejarse caer y olvidarse de todo y empezar por el fin, acabando tendido en el aire de repente tan duro». Piensa en ello mientras no piensa, porque son sólo palabras que le rayan las neuronas hasta el punto de sólo ver sangre en los recuerdos. Un «¿por qué no me lo dijo?» hace visitas constantes a su pensamiento.

Desde entonces, de una forma u otra, se ha sentido culpable de truncar tres vidas: la de Claudia, por no haber podido cumplirle todas las promesas que le hizo un día, podría tener las estrellas en las manos, pero no estaría ella para tomarlas «qué ironía»; la de su hijo, ése ángel que ni la oportunidad de nacer tuvo; y la suya, porque sin ella, para él la vida no es vida, es sólo un vagar por el mundo cual si estuviera vivo, cargando lágrimas secas, una mirada opaca, vacía, y un aroma a rosas que se ha impregnado en los lugares que suele transitar.

Bajo su cama mantiene un vaso de cristal con agua, justo como el que guardan bajo el fêretro, algunas veces, aquellos que viven el duelo de un ser querido. Este vaso con agua sucia y de tonalidad oscura, es aquel que le recuerda su penar por el mundo; el cual se va pudriendo porque no quiere tirar el agua ni olvidar, porque quisiera tragársela y terminarse de morir, envenenándose al engullirse el pecado, pero no lo hace. No por temor al suicidio, a estas alturas el quién consumara el acto de brindarle la preciada muerte, es lo de menos; sino porque sería muy lento, porque ni la muerte sería definitiva, no calmaría su dolor de una vez por todas.

Está condenado a repetir la misma escena por el resto de sus días, sin tener siquiera una noción de cuántos serán éstos. Ahora es un fantasma; es el fantasma de sí mismo mientras sigue vivo. Ya no pertenece a nada, a ningún tiempo, a ningún sitio. El tiempo al que pertenecería, ya no es ni será. El lugar al que pertenece le resulta aversivo, porque sabe que, de volver a él, no soportaría ver la imagen de la carretera y de una cruz al lado de ésta con el nombre de Claudia.

A veces piensa que el tiempo, el sufrimiento, que todo ha dejado de importarle. Aunque, si fuera así, estas palabras hubieran sido más cortas.

*El original sin fecha. Ésta versión:
Agosto de 2004 a Febrero de 2005. Siempre a medianoche
a Claudia Magdalena
In Memoriam. †*

Nacer, Morir, Renacer

Más allá de que las gaviotas vuelen y sólo vayan mar adentro para morir, sé que mantenerme tierra adentro no me libra de ese mismo final, incierto pero seguro.

Ahora pienso en la vida no como un recuerdo, sino como un sueño del que aún no despierto. Cuando despierte, quisiera que ese mundo que soñé aún siga vivo.

Noto que nubes negras me rodean y me siguen, escurren, me humedecen y ya siento ahogarme. Luego cierro los ojos y olvido que podría enfermarme, sólo pienso que me estoy limpiando, que si sufro es parte de, que la catarsis duele. Abro la boca, mis ojos, todos mis poros, para que se purifique mi interior si es posible. Quiero sentirme fresco, nuevo, ligero, ya sin toda aquella mugre que me tenía irreconocible ante el espejo. Antes tenía miedo al agua, ahora no queda más remedio que disfrutarla.

Morir o nacer. ¿Quién sabe cuál es el momento en que sucede? A veces me siento más vivo, otras sólo deambulo, pero estoy muerto por dentro. Entonces necesito renacer, porque nuevamente necesitaré morir. No sé qué es no necesitar, si desde que nací he necesitado; dar, recibir, amar, odiar. Vivir y morir son sólo una exigencia de estar, son exigencias mutuas, como el amor y el odio. Ser o no ser. En los momentos en que busco ser igual que todos me doy cuenta que soy distinto, porque ellos no comparten lo que pienso, solamente compartimos el mismo mundo; pero

buscar ser distinto es ignorar que somos iguales en el fondo de todo, todos sentimos una profunda soledad. La verdadera diferencia está en que unos quieren remediarla amando a sus iguales y otros odiando a los que son distintos.

Es libre albedrío, todo: nacer, vivir y morir. Nuestras vidas son una complejidad de actos circunstanciales; sólo en fracción de segundos se decide el resto del día, o la misma vida.

No obstante, se nos dan mil y una oportunidades de enmendar, tan sólo que un error te pone una venda en los ojos, otro te tapa los oídos, uno más te satura la boca apunto de la asfixia; puede ser en cualquier orden. En ocasiones quedamos sordos, ciegos, mudos, y golpeamos, pateamos todo aquello que se nos acerque, volvemos a un estado animal, somos bestias de nuevo. Otras veces quedamos mudos, lo vemos y oímos todo, pero tenemos cadenas en nuestras extremidades, no tenemos más respuesta que llorar y querer cerrar los ojos, hasta que, con el tiempo, perdemos la conciencia de lo que sucede.

Las lágrimas se resecan cuando ya no tienen sentido, los sollozos se pierden en el ruido cuando se vuelven monótonos; poco a poco la sangre se vuelve pus bajo una herida que solamente se oculta, mas no sana. Luego una cicatriz es la única prueba de que aún duele y, por eso, no hay que tocarla.

Pero pensar por ello que toda solución radica en enmendar errores o evitarlos, no me parece tan sencillo.

Es antinatural, corro el riesgo de no vivir, de no morir, de no distinguir la diferencia entre uno y otro. Me convertiría en una piedra que por no estar viva no es culpable de lo que provoca; por eso una piedra es eterna, porque es inocente. Tampoco se trata de sentir una culpa que no provocamos, eso es ser una piedra que pierde la esencia de la inocencia, pues la culpa le da vida para pagar su deuda. Sin embargo, una piedra no puede enmendar, lo cual significa una muerte en vida, o lo que es lo mismo: un pulso frío, lento, agonizante, pero que se negará a dejar de existir hasta las últimas consecuencias.

Miércoles 28 de abril de 2004

II. Andanzas i

Ideas

Como el viento viajan las ideas, de cualquier lugar y con cualquier sentido. Vienen de más lejos de lo que imagino y tienen más fundamento de lo que se cree. Tomo la experiencia de los sueños que despierto vivo, reflejo en las palabras y las letras hasta donde puedo, mas no logro terminar, siempre comienzo con el final de lo anterior y climatizo con algo diferente. Sigo dando vueltas en espiral, dejando y alejándome del principio, sin olvidarme de dónde provengo, conozco hacia dónde voy.

Me he dado tiempo y no hay respuestas. Sólo surgen más dudas que alimentan la naturaleza del caos y me confunden. Pero, aún así, la confusión me da opciones.

Otoño de 2001.

Fuerzas Irreales

Murmuran sin pensar en lo que dicen. Imaginan sin observar lo que contemplan; en sus ojos las sombras del pasado abren viejas heridas que han querido olvidar hasta el cansancio. Posiblemente ahí resida el origen de su locura.

Las palabras se vuelven tersa compañía, pese a que siempre suenan ser en un idioma extraño. Las imágenes son visitantes de ocasión que solamente acrecientan la tortura.

Son fuerzas irreales que convalecen y lloran por su mutua muerte, en plena agonía. Algo sucede, o más bien, algo deja de suceder. Entonces se desprenden de sí mismas y se ven cada vez más lejos; sin saber si es subir o caer, sólo sienten vértigo, pánico, desesperanza. No saben si estar felices o sentirse tristes; a veces una sonrisa, un gesto, significa incertidumbre.

Turbulentas sensaciones que afloran y abandonan fácilmente, las rodean, las hacen presas, para después dejarlas libres y apartarse pacíficamente, llenándoles de vacío a unas, saciando de paz a otras.

La agonía deviene en muerte. El silencio las cautiva, las hace suyas, las hace eternas. Luego las olvida, las desvanece... *“polvo eres y en polvo te convertirás”...*

Lobo en lejanía

Estoy loco y abandonado en un desierto de mi mente, sin saber si perderme o quedarme así. Me encuentro sólo y con preguntas, las respuestas me abandonan, las culpas no perdonan y la confusión comienza a sofocarme. Sé muy bien que al caminar nunca habrá un rumbo fijo, adelante será atrás y un sí un acertijo.

Hay nopales y sahuaros de espinas dolorosas, representan todo aquello que he querido olvidar. Es posible que si los toco, sus filos abrirán heridas que me dificultarán el trayecto, y no sé si esté lo suficientemente fuerte como para cargar con más piedras en mi morral.

Soy un lobo en lejanía del mundo que conoce que, con tan sólo dar un paso, todo cambió. Ahora no sabe como regresar con nada más que la esperanza.

Este mundo que es tan grande parece el enemigo. Un lobo sin manada es como un soldado sin ejército, contra el mundo. Poco puede hacer.

Aprender

Es incesante el dolor que habita en mi. Como ese sentir que me muero y nada pasa, creer que me voy y seguir aquí, sentir que despierto y continuar sumergido en éste cruel desvarío.

Duele tanto imaginar y darse cuenta del hastío que llega a ser la realidad. Aprender del dolor de la experiencia y, aún así, volverme a equivocar, intentando quitar el mal de mi conciencia sin saber siquiera qué va a pasar.

Desenvuelta la historia trágica, sólo un día es suficiente para resurgir. Resuelta la escena épica, sentimos que lo podemos todo, sólo un día sería suficiente para cambiar.

Duele tanto imaginar y darse cuenta que una ilusión es como una cuerda, mientras más creemos más aprieta y es más difícil escapar. Aprender del dolor de la experiencia, que un sueño vale tanto como pretendamos luchar. ¿Hasta dónde?

Gajes del oficio

Sólo me horma la paciencia y un ayer de mil historias bien guardadas en la memoria y en una oscura conciencia, y del futuro que me espera no sé si sean días, meses, o unas horas.

En ocasiones, cuando el pensamiento me visita, busco en todos los pasos que he dado ¿cómo fue que tropecé? Ayer fue un día malo, mañana quizás también; pruebo los gajes del oficio y hoy me son amargos. No sé por qué tanta desventura.

Mi esencia

Toda mi esencia quiere escapar por mis ojos, mi pensamiento fluye hacia afuera sin cesar, mi cuerpo se está secando y deshaciendo, mi alma ya está buscando un nuevo hogar.

Mi esencia es un mar y explota al infinito, todo mi pensamiento se derrite y evapora, todo lo que soy y he sido está escrito precisamente en lo que leo ahora.

Abandonado, mi cuerpo es polvo nuevamente, y como gran río mi alma se desliza despacio, constante, de la cima en mi mente a la infinidad que nos eterniza.

El fuego de mi florecimiento

Para cambiar de piel necesito despellejarme y tirarlo todo al cesto de mi mente, recoger tierra, aire, y un trago de mar para no ahogarme, y hacerme un traje de algo imaginable para ser yo mismo eternamente. La piel debe llevar la carne, la carne debe llevar los huesos, los huesos deberán romperse al aire para poder perderse en el tiempo. El tiempo no volverá y mi alma será por siempre como ha sido hoy, como será mañana, pero nunca más como antes. Tan sólo con recoger tierra, aire, y un trago de mar para no ahogarme, y encender el fuego de mi florecimiento.

Habrà una chispa, habrá mucho calor y mucha luz, luego decaerá hasta extinguirse. Quedarán tan sólo cenizas regadas en la tierra, y al secarse ambas, se confundirán y no podrán decir que soy más que lo que parezco, lo que siempre he sido: polvo. Tan sólo sabrán que he existido aquellos que me vieron arder y que sintieron mi calor.

Un murmullo

Que no se seque el Sol, que el líquido siga corriendo, que quiero sentir calor aunque ya sea invierno. Que el plasma del infinito se evapore hoy, aquí, que la sombra sea mi cuerpo y me tenga que seguir.

Camino en el aire, me elevo a la tierra, nado entre polvo y piedras y vuelo en tus aguas. Dejo que el aire cambie, que la tierra se seque y humedezca, que el agua se evapore y me trague y...

Despierto de nuevo, aquí. Despierto del sopor angustiante de una madrugada sudando frío y un dolor en el estómago que es como un vacío y a la vez una hinchazón, un entumecimiento del cuerpo acalambado. Pero una idea queda vagando en mi cabeza, resonando, haciendo eco, como un murmullo que acrecienta su intensidad vertiginosamente. Guardo silencio. Resisto la respiración para poder oír aquella voz que quiere escapar para hablar de todo:

...lo que mis ojos miren,
lo que escuchen mis oídos,
lo que mis dedos toquen
y hasta el aire que respire
puede ser el cielo y el infierno.
Todo es posible en nuestras mentes.

II. Andanzas ii

¿Por qué?

¿Por qué ahogamos el sentimiento con miradas que no quieren encontrarse con tal de evitar el peligro? Sería más fácil dejarnos llevar por lo que las pupilas reconocen. Pero no llega el momento y quizá nunca llegue.

¿Por qué nos da miedo el sabor que tiene la vida y nos resignamos a la amargura? Sería más fácil tomar lo que podamos y disfrutarlo lentamente, con la lentitud en que explota el universo. Pero no nos atrevemos, sino hasta el último momento, si es que se puede.

Aire

Pareces aire, en todo. Me empujas y acompañas, me enfrentas y abandonas, pasas frente a mí sin voltear a verme y otras veces no me dejas. Te metes en mi ser, le das vida, y te sales aún más pronto.

Lo más cierto de ti que conozco es tu nombre, el resto: tus secretos, tus sentimientos, tu manera de ser y tu forma de enamorarme, son cambiantes. Como si fueras cada día una distinta tú la que se muestra frente a mí. ¿Quién eres?

Por cómo te comportas, a veces te odio, te guardo rencor. Por cómo me acaricias yo te amo.

¿Qué más quieres que te diga? apenas puedo comprenderlo, mucho menos describirlo. ¿Puedes describir la luz del sol con los ojos cerrados? Déjame decirte que no, al intentarlo describirás un recuerdo, y podrás describirlo mil veces, pero siempre, siempre, describirás un recuerdo.

Te comportas fuerte y débil, me besas, golpeas, acaricias e intentas, cuando puedes, matarme.

*Te siento en mí como una brisa en mi edén
interno,
como una tormenta en mi mente, destruyéndome,
llevas mi pasión al límite con tu viento
y eres -cuando quieres-, para todo mí,
ese incontenible huracán.*

Expresar

¿Cómo puedo expresar lo que siento sin más palabras? Tal vez con un beso, pero corro el riesgo de caer en la tentación. Quizá la imagen de una lágrima diga más.

¿Cómo puedo expresar lo que siento sin más palabras? Acercándome lentamente sin que me veas, hasta que esté junto a ti, y ya no puedas huir como siempre.

¿Cómo poder? Si ni siquiera me miras, si apenas sabes que existo.

*Sólo por mirar
intenté atraparte entre mis ojos
y te solté al cerrarlos.*

*Sólo por pensar
quise guardarte en mis recuerdos
y en un instante,
divagando,
te olvidé.
Maldita sea la hora.*

Palabras

Las palabras son hojas secas, que se van al viento y sólo quedan como eso; en algún momento terminarán siendo despojos de lo que fueron. Los hechos estigmatizan el tiempo, son como una cicatriz en el pecho que nos recuerda lo cercano de la muerte. Las ilusiones de un día alegran el instante y se olvidan, pero un sueño maquinado en tu mente puede guiar toda tu vida.

*...cada paso deja su huella,
aunque se borre,
cada palabra significa algo,
aunque no se entienda,
un silencio podrá ser lo más bello y,
aunque no te importe,
tendrás que aprender a vivir,
aunque no quieras.*

Aprende a disfrutar todas tus lágrimas, pues quizá sea lo más bello que puedas tener. Conoce el amor por más sutil que sea, haz todo por conservarlo, pues no sabes de la soledad que se viene cuando asumes estar solo.

Si no conoces el miedo, concóctete a ti mismo, ahí y sólo ahí está todo lo imposible. Si ya olvidaste el cariño, recuerda tus orígenes. Si quieres conocer el amor, tan sólo pídemelo que lo intente un poco, pues eso quiero.

Las palabras se van al viento y sólo quedan como eso, mientras me quede aquí tan sólo diciéndote cuánto te quiero, pero sin hacértelo sentir.

Aunque no me conozcas

En tus pupilas aún siguen rondando sombras de recuerdos que marcaron tu historia, y en tu boca aún queda el sabor de unos labios que endulzaron tu vida. Si las caricias te estremecen es porque piensas en mis manos y en mi simple mirada recorriéndote. Con un sólo aroma vienen hacia ti momentos que te persiguen en los sueños y que persigues revivir.

Y si es que así, aún se te borra mi rostro de la memoria, aunque intentes fingir asombro, yo te conozco. Porque en tus pupilas, en tu boca, en las caricias y en los aromas, sabrás quien soy yo aunque no me conozcas.

No soy quien

No soy quién para pedirte que me ames, si apenas y te quiero, y no estoy seguro, es una idea que se pasea y me tienta, e intenta convencerme. Tampoco soy quién para pedirte que me quieras, que me recuerdes, si lo que quiero es olvidarte. ¿Por qué he de pedirte que me olvides? Siento que para ti no soy, ni he sido, nadie. ¿Por qué habría de serlo después? Quisiera tener una respuesta para calmarme y desistir o insistir y volverme loco.

*Amarte sería un diluvio
con una respuesta desértica,
quererte sería nadar
e intentar ahogarme,
recordar sería echar
más agua al mar
y olvidar
sería el fin de todo este problema.*

Espinas

Encontré una rosa al caminar de la que no vi las espinas.

Daba pasos contigo de la mano mientras me herías lentamente. Hasta que vi la sangre sentí el dolor. Hasta ver que, con el tiempo, lo único marchito era mi esperanza, hasta entonces decidí soltarte. Seguramente ya es tarde.

Ahora que camino en un jardín tan grande, al ver las rosas siento un poco de miedo, pese a que en el fondo de mí crece una atracción, profunda, desconcertante. A veces pienso antes en las espinas que en el aroma, otras veces me dejo llevar y me descubro peligrando de nuevo. Sé que cada vez que me seduzca una flor, lo pensaré dos veces antes de tomarla, pues las heridas aún son frescas, siguen escurriendo gotas de sangre que me mantienen débil y el sólo recordarlas me lacera el alma.

IV. Para ella...

Dedicado a Angélica

Se me antoja

Se me antoja:

mirarte a los ojos,
quedarme así
un día o dos;

se me antoja:

besarte un minuto,
tomar aliento
y volverte a besar
hasta nunca acabar,

para que nuestros labios
se conozcan tanto

que no necesiten hablar

para entenderse mejor que nosotros.

Quisiera tomarte en mis brazos,

arrullarte y dejar que te duermas,

besar tus mejillas,

tu frente, tus párpados,

quedarme en silencio

con tu calor

y tu aroma a rosas

junto a mi.

Hoy todo es un recuerdo.

Si un día te me vas

Si un día te me vas
sin avisarme,
sólo sé que enmudecería,
no lloraría,
no inmediatamente,
sólo sería más callado de lo que soy,
más de lo que conoces.
Me quedaría mudo
sin poder explicarme
cómo Alguien puede quitarte lo que amas
aún antes de darte cuenta que es así.

No sé qué decirte

No sé qué decirte, los poetas me han robado las ideas que lo explican mejor, y aun así se quedan cortos, pues no han llegado a describir lo que yo siento. Tan sólo juegan a decir que les duele y les alegra, y además afirman que saben el porqué; en eso yo soy más sincero, aún no lo comprendo.

Es sólo que te extraño, a veces una hora y otras veces te olvido largo tiempo, pero tarde o temprano vuelves hasta mí. Y es que no te has ido, te llevo en mi aliento y al suspirar recuerdo tus labios, te llevo en mis ojos y al cerrarlos puedo verte. *Pues eres lo que más quiero en este mundo, eso eres.*

No es que te necesite para seguir vivo, podría aferrarme a tu recuerdo y morir lentamente, pero es mejor asirme a tu presencia y vivir tranquilo. Lo que necesito son pequeñas dosis de tus labios cálidos, de tu aroma a rosas, sentir el calor que tu cuerpo emana al abrazarme. Escuchar las palabras que no sabes decir pero que dejas en el aire al intentarlo, palabras que sólo salen de tus labios cuando me besas, palabras que no escucho pero que entiendo, aunque a veces por capricho quisiera oír las.

Me gusta tu sonrisa.

No se porqué me resulta tan fácil decirte te quiero, todo me es más fácil contigo. Es como si te conociera desde hace mucho y pudiera hablarte de mí, *sin miedo a nada*. Sabes más de mí que mucha gente, sabes más de mí de lo que yo creo. Hay tantos secretos que sólo a ti te he contado, hay tanto que sólo a ti he de contarte, aunque, ¿sabes?, también hay cosas que no quisiera contarte, pues siento vergüenza de ello.

Siempre he tratado de ser lo más sincero contigo, por eso sabes bien cuando te miento, y me alegra que lo sepas, gracias a ello seguimos juntos. Aunque mis palabras quieran mentirte, mis labios no saben más verdad que la de mis sentimientos. Respecto a mí, yo sólo sé creerte, y si llego a dudar, son sólo instantes. Me tienes en tus manos y me dejas libre. Es por eso que te quiero.

Madrugada del Domingo 18 de Enero de 2004

Del Duelo a la Catarsis



“Me avergüenzo de mí hasta los pelos
por tratar de escribir estas cosas.
¡Maldito el que crea que esto es un poema!”

Jaime Sabines

Algo sobre la Muerte del Mayor Sabines

“Únicamente aquellos que evitan el amor,
pueden evitar el dolor del duelo.
Lo importante es crecer, a través del duelo,
y seguir permaneciendo vulnerables al amor.”

John Brantner

“Sólo podemos seguir siendo si no olvidamos
todo lo que somos y hemos sido”

Carlos Fuentes

*citado por Alejandro Carrillo Castro en
El Dragón y el Unicornio*

Escribir

La parálisis de mis dedos termina siendo derrotada cuando hay tantos sentimientos moviéndose en mi alma que comienzan a desbordarse. Plasmados en el papel es un canal por donde fluyen. Son sólo gotas. A veces son también ideas que vagan tanto en la cabeza que terminan escapando y que, por algunas circunstancias, también son escritas.

Escribir no sana, apacigua. Escribir es como llorar, ayuda a sobrellevar un dolor. Cuando escribo siento que lloro; siento lágrimas secas desde más allá de mis ojos, que terminan más allá de mis mejillas, en mis dedos. Por eso, a veces lo que escribo es seco y otras veces puedo tocar el papel y aún sentirlo húmedo.

Madrugada del miércoles 21 de julio de 2004.

Esto

Esto, no es más que un racimo de intenciones, de pretensiones, un puñado de sueños, de mentiras. Las verdades no se dicen, se cumplen; las acciones son espejos de lo que en verdad pensamos, aún lo desconocido.

¿Por qué lo que nos han dicho a lo largo de la vida se nos presenta un día de esos menos pensados, inesperadamente, a tiempo para entenderlo, para aprehenderlo, aunque quizá tarde para muchas cosas?

Esto, no es más que intentar decir lo que no se sabe, preguntar mil veces lo que no se quiere oír. Esto, no es más que años, meses, días, resumidos en momentos, instantes, tinta que se seca, letras, polvo, nada. ¿A esto se reduce todo? *«¿a esto se reduce mi vida?»*.

Palabras, mujerzuelas, plastilina. Palabras, no son más que palabras, moldeadas a la conveniencia de un amo que no sabe usarlas, o que más bien, sólo las usa y las deja, y no vuelve a ellas hasta que no siente ansias, hasta que sus manos ya no tienen con qué entretenerse y buscan algo fácil, plástico, inerte, para jugar a interpretar papeles y saciar instintos, porque el ego también necesita alimentarse.

Lo que no sabe, y que descubre a veces, aunque lo olvida, es que las prostitutas muerden, enferman y contagian; que la plastilina que usamos contiene plomo y mata lentamente, que se nos mete en las venas y nos destruye desde adentro; ¿que las palabras son sólo letras?

¡qué inocencia!. Las palabras son espadas, flechas, armas blancas que se manejan con arte. Suelta una palabra y espera la guerra.

¿Mis palabras serán flechas que apuntan hacia el vacío? ¿será que mi espada sólo penetra en el aire?. Entonces tanta lucha, tanto sudor, tanto de mí gastado, ¿ha sido en vano?

¿Cuánto tiempo cabe en unas palabras? ¿cuántos días, meses, son posibles de resumir en unas hojas de éste material tan efímero, tan flamable, tan frágil? Una palabra puede contener en ella: cosas, sentimientos, hechos más grandes que las pocas letras que la forman; pero también podría escribir compendios enteros para describir un instante.

18 de octubre de 2004.

¿Sabes?

¿Sabes...?

Una vez pensé que una mujer es como una nube en el cielo. Si bien parece que el cielo las lleva, tal vez ellas lo arrastran sutilmente.

¿Sabes...?

Contigo fue la primera vez que un beso me quemó por dentro. Sentí la paz al abrazarte, y me sentí morir cuando me soltaste. Quise creer que estabas jugando, que volverías, me besarías y dirías "*perdón, me equivoqué*". Pero sé que es un sueño, que de nuevo se ha tornado gris.

¿Sabes...?

No veo el día en que vuelva la luz; se avecina una racha de adversidad y tinieblas en que el sonido más común serán truenos y tceleos, palabras repetidas como rezos, y una búsqueda constante de saber quién soy, quién es el que ha quedado.

Olvidar

Sé que está mal preguntar si me recuerdas, aún más el pensar que tal vez me extrañas. Es que soy yo el que dice tanto que quiere olvidarte y en todo momento en mi mente te llevo.

No me diste tiempo de nada, ni de olvidarte, cuando dejé de pensarte apareciste de nuevo. Y ahora no puedo dejar de soñarte, por más que lo intente, sólo atraigo más recuerdos.

Mis labios se resecan pues se sienten solos, mis brazos son torpes sin abrazarte, yo mismo soy otro, soy mi silencio.

Te podré olvidar si olvido esos sueños en los que siempre estás, que hacen que mi realidad no me merezca estar despierto.

Te podré olvidar si evito esos encuentros que me impregnan la mente de tu imagen, si puedo olvidar el tiempo como si hubiera sido un sueño. Pero todo sería un juego que no pienso soportar, porque al olvidar cuánto te quise olvido que puedo amar, al olvidar todo ese tiempo me olvido que he existido, porque al olvidar cuánto has sido, también me olvido a mí mismo. Porque si el olvido valiera, mi vida sería perfecta, y la perfección es un defecto.

Quando un simple roce deje de ser una caricia,
cuando una mirada deje de ser una pasión,
y el sólo recordarte ya no sea un sueño eterno,
quizás podré pensar en que te he olvidado.

Aún no.

Le pedí a la luna

Tarde o temprano te acordarás de mí. Tarde, quizás, para invocar fantasmas que no querrán volver; para que un beso sepa igual que antes. Y tarde: es el día en que el vacío que sientes se vuelve una bestia enorme que no presentías antes; tarde: es el día en que el pasado no tiene más una faceta de futuro. Despertarás un día sabiendo que ya es tarde.

Los besos se consumieron como el fuego
y las cenizas las esparció el tiempo en la nada,
el recuerdo sigue atado a la nostalgia
que irrita cicatrices que no sanan.

Le pedí a la luna, a la noche,
a las estrellas y a tu estrella,
al fuego, a la montaña,
les pedí olvidarte, les recé... y esperé
respuesta.

Les dije lo difícil que es dejar de sufrir, de autocompadecerse. Olvidar es más difícil, porque implica desprenderse de algo que es propio: el dolor que causa un recuerdo. El dolor es una droga.

*Jueves 24 y Martes 29 de Junio de 2004.
Ambas veces a medianoche.*

La Almohada

“Es tan fría que con su contacto extingue el fuego”

Efrén Rebolledo
Salamandra

Abrazo la almohada para poder llenar el vacío que dejó tu ausencia entre mis brazos. Intento pensar en alguien más, en una nueva conquista, pero un clavo no saca otro clavo, no funciona así conmigo. Mis labios sin tus labios, sin tus besos, se hacen tierra, se vuelven áridos, un desierto a donde a veces se refugia una lágrima del dolor que me da recordarte.

Y te dije cien veces un *te quiero*, y tanto lo negaste, tanto fuiste indiferente a mis súplicas, que comencé a dudar. Hoy me queda aún un sentimiento de cariño y las secuelas del rencor que te fui tomando por un tiempo y el que también he olvidado para poder olvidarte.

Abrazo la almohada y es fría, a veces es mi pequeño témpano de hielo. Duele porque el frío quema la piel. Duele porque no eres tú, aunque a veces me recuerda cómo eras, sólo que tú me quemabas por dentro.

A veces paso la noche pensando en ti. Sueño despierto, imaginando el qué sería de nosotros, si yo hubiera... Y es ahí cuando más coraje siento, porque me pienso culpable, luego te culpo a ti, después pienso que así tenían que ser las cosas. Pero no, las cosas sólo son lo que queremos, ¿verdad? Entonces uno de los dos lo buscaba así, tal vez yo y aún persisto en negármelo, tal vez tú y te diste cuenta.

Embrujo

“¿Qué es una pesadilla?

Un sueño echado a perder. Tal como nuestro amor. Somos los amantes del laberinto. Lejos uno del otro, perdidos en caminos que no van a ninguna parte.”

Víctor Ronquillo
Lesbia se va de casa

El amor —o lo que fuere—, la pasión, todo lo bello se acabó un 20 de enero. Era un día de lluvia que parecería haber sido escrito, porque comenzó a llover y mis lágrimas no se notaron. Desde aquel día, siento que siempre han pasado desapercibidas. Sólo era perceptible el rojo en mis ojos, el cual disimulé agachando la mirada, porque además, no tenía sentido ver a nadie a la cara en esos momentos. Sólo conduje mi carro hasta la casa, sin encender la radio, en completo silencio; pensaba, sí, en tantas cosas que casi no recuerdo. Tenía presente ése instante y mis palabras, mis pocas palabras, de las que a veces me arrepiento. Dejar que te fueras sin decirte que no, que no quería que te fueras; sentí más importante tu decisión que mis argumentos, mi único argumento, ese “*te quiero y no quisiera que las cosas acaben*”, hubiera bastado, creo, pero fui torpe y dejé que te fueras. Nunca más volviste. Tenía presente que no hubo un último beso y que el que sí fue el último ha sido el más hermoso de toda mi vida.

El tiempo ha pasado a ritmo inconstante, lento e irreparable. Desde entonces, ha sido un transportar la vida muy apenas. Un imaginar recriminaciones que nunca he podido hacerte, para que al volver a verte todo me suene tan ridículo que decida mejor callarlo, guardar silencio y dejar que el fuego, transformado del amor a la ira, se

apague solo con el pasar impulsivo del tiempo, con los mares de lágrimas que me inundan e inflaman los ojos. Y ahora que voy sintiendo que el fuego se ha extinguido, comienzo a pensar que gasté el tiempo en algo que no valió la pena.

Pero cambia todo, hasta yo mismo, sin darme cuenta. Ansío librarme de la deuda que siento en el alma. Quiero aprender algo del dolor que aún recuerdo, hasta del que pude haber causado, ahora, desde otra perspectiva. Las perspectivas son múltiples. Todo me dice que ha sido lo mejor, que no había ningún rumbo, hasta yo mismo llegué a decírmelo. Pero a veces duele aceptar que lo que uno quiere no es posible, sobre todo cuando lo siente uno en las propias manos. No quise ver que siempre estuvo tan distante. Ya lo escribí alguna vez, e incluso puede que lo hayas leído, mas no creo que te hayas dado cuenta de que era a ti a quien iban dirigidas esas palabras: *“Me caí de la nube en que andaba. Caí con el rostro y la sangre me ha cubierto los ojos. ¿Cómo no ver el dolor? Es todo lo que puedo ver por ahora”*. Sin embargo, la sangre se secó y fue lavada, las cicatrices poco a poco se han ido cerrando; ahora no es más que costumbre lloriquear cuando las toco.

A veces finjo para no perder lo que, de tanto ser repetido, se ha ido volviendo un ritual; sigo deseando que el embrujo te traiga de vuelta, pero no vuelves.

“Corre el sudor, corren las lágrimas y corre sangre. Corren polvos de ideas que a medianoche te llaman...” y a veces te ahuyentan. Son tan indescifrables los mensajes que a veces mando, que no sabes si venir, por eso encomiendas a tus heraldos fantasmas que me visiten. Vienen y me dicen que si qué pretendo. No sé contestarles, así que me callo y guardo todo: el dolor, los recuerdos y sobretodo las palabras, sin embargo regresan —ya ves—, pocas veces solas, a veces más claras o más confusas, como los sentimientos que las acompañan.

El embrujo nuevamente ha fallado; sólo una vez funcionó, inesperadamente. Ha sido un desengaño tras otro, lo sé porque cada vez estás más lejos. Empieza a parecerme que ésta distancia es la que siempre habrá de aquí en adelante.

Eres un parteaguas en mi vida. Un día estaba solo, otro día contigo en mis brazos—conmigo en los tuyos, contigo en mi mente—conmigo... (no sé dónde), y un día después nuevamente solo, contigo a unos metros, pero lejos, lejos. La distancia no hace la lejanía, ¿porqué no lo comprendí antes?, antes de. Ahora que lo entiendo, aunque lo he sabido siempre, me duele mi poca conciencia sobre las cosas más simples, las más importantes. Lo más prudente ahora es dejar que todo pase; pasará lo que tenga que pasar.

Hay veces que no quiero ser dueño de mis decisiones, con la esperanza de que así me vaya mejor. Otras veces, como hoy, mi decisión no implica mucho, tan sólo abstenerme. Abstenerme de seguir rituales, desde recordarte, hasta escribirte, todo aquello que pudiera traer consigo más dolor innecesario.

Infierno sin fin,
recurrente tormento:
nacer, vivir y morir
a cada momento.

Dilema de vida:
vivir o morir,
existir o abstenerse.

Lunes 9 de Agosto de 2004.

La simple necesidad de leer

Leo como un párrafo y con una cachetada me dices que me calle. ¿Callarme de qué si yo no he dicho nada?

—Te estás volviendo loca —te digo con ganas de ni siquiera contestarte, pero el que calla otorga—. Te estás volviendo loca con esa manía tuya de volverme marioneta de ese juego de no decir nada—. No sé qué es lo que intentas.

Continúo leyendo unas líneas más y me adviertes que deje de mirarte, que sea la última vez que me descubres así. Pero ¿por qué?, si tengo rato leyendo y ni me había percatado de que seguías aquí.

—¿Qué es lo que pretendes? —te pregunto—. Anda, contesta—. No contestas, de hecho te alejas, mas no te marchas. No puedes. Te quedas cerca y aprovechas la ocasión para importunarme un poco, de vez en cuando.

Empieza a valerme madre que sigas por aquí, así que reanudo lo que estaba haciendo.

Eres como un libro que busca cerrarse a sí mismo cada vez que corre el riesgo de perder lo que más le importa: los secretos que descubren el final y que le dan sentido a toda la nebulosa que rodea la historia que eres y que contienen. En tu cubierta morena, de piel gruesa y bien cuidada, hay una historia. Y más que una historia, hay un laberinto; en tus hojas quebradizas, donde hay palabras que sólo tú entiendes, ¿las entiendes?

Debo admitir que me atrajo la intención de conocer tu historia, de leer un poco. Me gusta leer. Pero cometí un error: me extravié. Perdí la brújula. Es más fácil volver atrás que avanzar un metro. Es más fácil reconstruir desde los trozos que conozco e imaginarme explicaciones, que tener nuevamente la oportunidad de hojear tus días.

Empieza a valerme madre que sigas por aquí —¿o es que empiezo a perder la esperanza de conocerte?—. Así que reanudo lo que estaba haciendo: leer tus labios para descifrar una que otra palabra, leer tus ojos para ver qué es lo que piensas.

2 de septiembre de 2004.

Fantasma

Guardas, en el cristal oscuro –aunque transparente– de tus ojos, las miradas furtivas de tu inconsciente; miradas sancionadas después por tu razón, tu necedad, tu afán de buscar dejar de ser, bajo la pena de volverte mi quimera.

Así es como tus alas se transforman en garras y me estrujan la garganta, adueñándose para sí de todos los suspiros.

Así es como tu presencia y tu sombra llenan mi mirada de alucinaciones y tristeza, aún cerrando los ojos.

Tus cabellos se me enredan en los dedos, en los pies; no me permiten avanzar. Me detienes, me hundes.

Me siento como un cesto de basura que se va llenando de preguntas para las que no hay respuesta; porque nunca se revelan, tal y como son escritas en mi mente terminan después hechas bola en una esquina a la altura de mis sienes, y se juntan, se pudren. Luego escurren un poco de la hiel que se va fundiendo; otras veces se petrifica y el rostro, el entrecejo, se endurece. Estoy llegando al tope y las pocas respuestas que obtuve, no son más que suposiciones.

Me estoy colmando de impaciencia con preguntas que se pudren, con tiempo perdido. Me estoy colmando de sueños vacíos, desfasados, que ya se están pudriendo. No quiero llegar al momento donde, al perder el sentido de mi existencia, mi

existencia pierda sentido. Aunque no soy de ese tipo, no tiene caso llegar tan lejos por tan poco —éste último tan poco, es más por coraje y determinación, que por creérmelo—.

Me siento como un tonto —por no decir imbécil—, por seguir maniatado al recuerdo de alguien que ya ni existe, de alguien que quizá nunca ha existido.

Era un fantasma, sólo un fantasma que osó visitarme durante un tiempo, sin ser invocado, a veces sin ser deseado; a veces, sólo a veces.

10 de septiembre de 2004.

Callada

¿Por qué callas tanto –seis meses– y ahora, con cuatro palabras, con un timbre de voz necesitado, con una mirada que se niega a ser directa, con un semblante triste: un arrugar los labios-agachar la mirada-encoger los hombros, y un cuerpo tuyo que huye buscando; me clavas en el pecho una angustia, una necesidad, ya no de decirte sino de escucharte? Lo que tengo que decirte lo he dicho tantas veces que quizá ya perdió sentido, en cambio tú nunca has dicho nada.

Me dejas –al decir adiós– un vacío, una preocupación, algo que hacía tiempo no sentía. Me dejas con incertidumbre, inquieto, más preocupado que nunca. Me dejas no sólo con una duda sobre ti, sobre lo que pudiste haber querido decir, sino sobre mí mismo, sobre lo que creo, lo que siento. Me dejas dando vueltas, sin rumbo, sin una idea de qué hacer, más que esperar algo que posiblemente no llegue. Me quedo rondando libros y encuentro a Sábines, lo conozco y me platica que él tampoco entiende, pero al igual que yo se crea explicaciones.

¿Por qué en el momento que he decidido por enésima vez –un poco más decidido que las otras veces– que he de olvidarte, tiras todo al suelo y me dices –con nada más cuatro palabras– que mis intentos son sólo eso: intentos, y que, a la vez, no son nada, que no podré olvidarte?

Olvidarte sería dejar de quererte y no es fácil, no ha sido fácil, nunca, nunca será fácil. Ni siquiera fue fácil enamorarme. No es fácil saber qué es lo que siento. Es una incongruencia, una vorágine. Es la certeza de que el amor sí existe, aunque no seas tú. Es la evidencia de que olvidar no sirve, y pretenderlo no es más que perder el tiempo. Es, no es, ¿me explico?; no me entiendo, sólo me justifico.

Busco –deseando no encontrar– mi pasado, porque es una buena versión de mi futuro, si bien significaría cometer los mismos errores, soy consciente; no tengo un ánimo de superación si encuentro algunas cosas insuperables.

Y ya no digo nada. Espero a que tú des ése segundo paso. Yo me he tardado tanto en dar el primero que prefiero cederte por un tiempo la iniciativa, sabiendo que no habrás de tomarla, no es tu manera de ser. Pero me estoy cansando de hacer lo que, irremediabilmente, seguiré haciendo por mucho tiempo.

Por último, quisiera dedicarte unos poemas de Sables, pero mejor que sea todo un libro: *Poesía amorosa*. A lo mejor, sólo él entiende lo que pienso.

Jueves 16 y sábado 18 de septiembre de 2004.

Obsesión

¡Qué chulo me veo leyendo a Sábines en el camión! ¡Qué bien!, ¡jál! Leyendo «*los amorosos*» en el parque, yo y el libro, solo. Pero que quede claro que es en contra de mi voluntad. ¡Qué más quisiera yo!, platicárselo a una mujer y hacerle ver lo tanto que nos identificamos. Conozco cien mujeres para platicar, y tan sólo te me antojas tú.

Me dirás que estoy loco, obsesionado, que qué me pasa, que me deje de pendejadas, que ya no te importo. Y, tal vez, entonces mi obsesión muera para siempre, fulminada a quemarropa y sin tocarte el corazón, y quizá después de eso podré dormir tranquilo.

Sé que entonces me desvelaré, ya no pensando en ti, sino extrañando a la musa chupasangre. Extrañando las noches de conjuros, embrujos, de sortilegios nocturnos, más que nada nocturnos. Extrañando los ruegos, plegarias y blasfemias que en tu nombre, en el nombre de tu cuerpo y de tus ojos, he hecho. Extrañando el licor de los recuerdos, que sabe a vino tinto y deja un sabor amargo; saborear instantes de vida y soplos de muerte.

Ya no te extrañaré a ti, extrañaré una forma de vida, extrañaré un motivo, un germen y un pretexto, todos conjugados en ocho letras. Ocho letras grabadas como tatuajes que, en el transcurso de no nombrarse, han sido absorbidas por la piel y ahora manchan la sangre, la carne y la saliva,

buscando escapar al derramarse, consumirse o pronunciarse. Desearía hacerlo todo para borrar hasta el último vestigio de lo que fue y que nunca más será, desgraciadamente.

Todo en este mundo se desgasta. Quisiera que el cometer este crimen, el hacerme justicia con mis propias manos, nos haga libres a ambos. El destino, si es que existe, se está cansando de esperar a que me decida a hacerle caso. Mientras yo sigo aferrado a vivir en el pasado, el presente transcurre. Sí noto qué sucede frente a mis ojos, pero a veces no tengo respuesta, no sé reaccionar ante lo que desconozco.

Espero estar inscribiendo el epitafio de la obsesión, en tanto se transgreden mis límites y mis afanes, al tiempo que me vulnero nuevamente. El atentado le dolerá a todos, pero no tanto como a mí mismo.

24, 25 y 26 de Septiembre de 2004.

Ermitaño

Mi corazón está en... ¿cuántos quieres? ¿diez, veinte esquilas o un millar de fragmentos?, regados por el suelo, esparcidos en el aire como tierra, buscando que lo inhales. Pero tú ya no me respiras. Esparcidos en el aire como tierra mojada, con lágrimas si quieres, con saliva o incluso semen; como tierra mojada, pretendiendo que el malestar en tu garganta, en tus pulmones y narices, provoque lágrimas, contracciones y sofoco; pretendiendo, sin embargo, sobretodo que despiertes. Pero tú ya no me respiras.

Estás dormida, ¿estás muerta? Ya no me respiras, ya no me miras, ¿alguna vez lo hiciste? Tu cuerpo se mueve por inercia, pues la mujer que conocí ya no existe. Tu rostro se ve gastado, como si fueras una foto guardada en la cartera y el tiempo te estuviera deshaciendo. Si considero la imagen con la que te conocí, hoy eres otra, para bien o para mal, eres otra, muy distinta, sí, pero que mantiene a la vez en el fondo de su boca, debajo de su lengua, ese dulce, saciante y narcótico sabor –adictiva promesa de tiempos distintos–. Pretérito imperfecto, mal conjugado por unos labios torpes.

Esto es, todo, mucho o algunas cosas, una exigencia mínima, aunque prolongada, para desterrarme de la sangre la droga; purgando, a través de mis dedos, mis sentidos, para no llorar de más ni guardar rencores innecesarios; para rehabilitarme y reintegrarme al mundo que dejé un día que decidí buscar adentro.

Hoy que voy saliendo, hoy que las palabras de ermitaño se han condensado y van formando un cuajo de respuestas, que no importa si son mentiras, empiezo a sentirme otro, empiezo a sentirme yo mismo y no este loco que voy dejando de ser.

Ahora que digo saber por qué he hecho, dicho y escrito todas estas cosas, guardo, sé que guardo, en algún lugar de mis entrañas, momentos, instantes, noches, mañanas, días, tiempos sin horario; los guardo y no podré sacarlos, sólo si se pierden ellos mismos. Falanges que extrañan falanges, un cuerpo que extraña pese a que la mente, y en ocasiones el alma, le dicen que no debe, eso es lo que me va quedando. Me voy quedando nuevamente yo, como al principio; soy otro, pero estoy como antes de, soy tan sólo, solo yo.

Mi corazón está en un solo pedazo, con una cicatriz que lo atraviesa, pero sanando. Mi corazón es más fuerte, ya puedo cerrar mi pecho con candados y llevar las llaves, todas ellas, en mis manos; no habré de decirle a nadie más dónde está la llave de la última y más débil cerradura, la de mi mente, ni yo mismo sé dónde. Sabemos de todo, mas nunca lo suficiente sobre nosotros mismos.

*Viernes 1ro. de Octubre, por la tarde.
Domingo 3 de octubre, de madrugada. 2004.*

Bendito transcurso

Bendito el transcurso de otoño a invierno,
las interminables y escasas noches de octubre,
atardeceres de días muy cortos
que se escapaban repentinamente de ambas manos,
ese noviembre confuso de errores
—golpes de agua fría en la cara—,
y diciembre con los días más cortos
y las noches más largas,
aunque no tanto como la distancia creciente.
Y todo para que llegara invierno,
enero y su pesadumbre.
No maldigo el invierno,
maldigo la circunstancia
de sentir una hoguera en el pecho
y perder la razón de su existencia,
maldigo los días más tristes de mi memoria,
maldigo el juego sutil
de pretender que nada ha pasado,
maldigo todo, a mí mismo,
y me arrepiento.

Bendigo al frío que incita,
entre otras cosas,
a saciar la necesidad de calor de los cuerpos.
Bendigo a la noche que oculta,
hasta y para uno mismo,
la ceguera de los ojos y la torpeza de los dedos.
Benditos los aniversarios
que dejan presente la posibilidad de ser,
sin volver a serlo,
que dejan un suspiro ahogándose,
unos brazos que no se bastan
y unos ojos que prefieren estar cerrados
porque no ven lo que quisieran.
Bendito yo, que no olvido lo que más quiero.

9 de octubre de 2004.

Desechos

Se van agotando los pocos restos de sangre que se mantenían fluyendo, corrosivamente, por venas, carne y neuronas. Se van vaciando en un frasco de papel de varios pliegues gruesos de necesidad, que será sellado con candados y mostrado al mundo, al pequeño mundo, como una caja de Pandora que no deberá abrirse nuevamente. Lo cargaré por todos lados y mantendré la llave siempre conmigo, con su mecanismo indescifrable, tan sólo por mí.

Sangre, pus y costras; desechos de la frustración que he ido recopilando, oliendo, aferrándome a ellos por miedo a desprenderme de los restos que dejo de ser, pues ya no me pertenecen. Sangre, pus y costras que se van depositando en éste frasco. Eso ha sido. Eso es lo que queda después de sudar lamentos.

Si me ven con una caja bajo el brazo, no los culpo de sentir curiosidad, pero deberían de sentir miedo, al menos eso deberían sentir si conocieran lo que contiene; es infeccioso.

13 y 20 de octubre de 2004.

Rezos

Sshh!... (calla).

Sshhht!!... (guarda silencio).

Reza por mí dos Aves Marías, un Rosario y un Padre Nuestro. Pide olvidarme y trágate los murmullos; con los ojos cerrados recuéstate en el suelo, deja caer tu cuerpo como una pluma, suave; separa tus manos y con un dedo quítate el pelo del rostro, extiende las piernas y duerme. Mantente callada.

¿Ya estás soñando? ¿estoy allí? ¿me ves? Detrás de esas sombras a lo lejos, de los reflejos que produce el fuego o en la copa de los árboles, observándote. ¿Seré yo? dime, ¿o el que está soñando que te observa es alguien más, ninguno de nosotros?

Siento frío a media noche, es octubre, amo octubre. Siento frío en la espalda, me duelen las piernas y mi pecho está vacío, vacío de lo que contenía hace unos meses; pero no vacío, sano. Me sigo cortando el pelo, ya no importa, ¿sabes qué es lo que importa? Después del abrazo más frío de todos, esto ya no importa. Gracias por todo. Me decido a conocer a la otra que usurpa el lugar de la que fue.

Puedes despertar. Y no te quedes con la duda, yo no soy más el que se oculta, me harté de vivir en las sombras.

¿Soy un hombre nuevo? No. Soy yo, soy el mismo maldito perdedor de antes y éste que ves/lees/escuchas/piensas, que es la mejor versión de ninguno de los días o de todos ellos.

El camino de la obsesión llega a un límite, en ese límite hay una frontera con una fosa que cae en lo enfermizo. Detrás de ésta línea, tan delgada, está la paz, el olvido, el amor, lo que sea que me signifique algo mejor, lo que sea, la certeza, la contundencia. He permanecido en el borde más tiempo del debido y ahora lo veo más grande. Mejor decido regresar, porque no vale la pena – ¿o sí?– arriesgar tanto por... ¿tan poco?

Jueves 14 de octubre de 2004, a medianoche.

Déjame caer

Déjame caer mar adentro, con los brazos atados sigilosamente, en ese maldito silencio que me va gastando las cuerdas bucales al negarme a pronunciar las palabras, y los tímpanos por ser materia inerte que es golpeada por el silencio, ese silencio que ensordece por su brusquedad, ese silencio al cual no acabo de acostumbrarme por más que el tiempo diga que ya va siendo tiempo, pero ¿qué va a saber el tiempo de estas cosas? si ni uno mismo sabe qué diablos pasa.

Déjame caer mar adentro, en ese mar perpetuo de tímpanos de hielo y una marea que se cristaliza para guardarme como una ofrenda a su naturaleza. Déjame caer, me niego a salir del fuego, prefiero quemarme entero. ¿He dicho ya que, a veces, tu marea es una hoguera que necesita combustible y que yo frecuentemente me he sentido dispuesto a ser consumido en ti? si no lo he dicho es porque, también a veces, me arrepiento y tomo un lapsus de cordura y amor propio. Es eso lo que me ha mantenido vivo, ¿es eso lo que me ha mantenido vivo? Sólo Dios sabe, espero.

Déjame caer en el abismo que me significa una duda. Tengo una duda enorme que contiene en sí el tiempo,

“-(¡Qué gran sedante es el mar!)”

Poli Délano
Rompiendo las Reglas

los significados, los cuerpos y sus intenciones. Tengo una duda enorme que me contiene a mí mismo, que te contiene a ti, a tu recuerdo –aunque, en este preciso instante se me dificulte mencionarte–, que contiene todo pero, siendo una duda, no contiene nada. Ese es el problema: sujeto una duda y, al observarla, sólo hay un vacío, porque la –o las– respuestas no están en mis manos y algo me hace pensar desde hace tiempo, desde siempre, que tú eres quien las tiene ocultas hasta para ti misma. Sólo Dios sabe, espero.

Déjame caer, que, al fin y al cabo, el único responsable de mí, soy yo mismo.

Madrugada del 1° de Enero de 2005.

a manera de PostData:

“...el amor sin realidad suele evaporarse sin dejar rastro”.

Mario Benedetti
en prólogo a Poesía Amorosa
de Jaime Sabines

Unas últimas palabras, en el último día del año, para cerrar este ciclo que es parte de todo, del antes y del después; en este año que ha sido eterno, en el que el tiempo se ha mostrado lo más flexible, porque, cuando apenas levanto los ojos, tu sombra ya se ha marchado.

Este es un año para no olvidar sino para guardar y aferrar todo en mi interior, para aprender después de haber cambiado, crecido, renacido y muerto de nuevo varias veces, y para, nuevamente en vida, aprender una virtud y seguir un nuevo camino: el mismo de siempre.

Esto ha sido un paso Del Duelo a la Catarsis para poder ser yo mismo, *«para ser yo mismo eternamente»*.

Madrugada del 31 de Diciembre de 2004



Del Duelo a la Catarsis
de José Eduardo Perezchica Vega
Publicado en julio de 2007.

Algunos derechos reservados, consulte la licencia completa en:
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/mx/>

Mayor información en:
<http://duelo-catarsis.bloguen.com>
<http://eperezchica.blogspot.com>